

15 diciembre 2005

Excmo. Sr. D. Juan Carlos Rodríguez Ibarra
Presidente de la Junta de Extremadura.
Mérida.

Mi querido amigo:

El valor de la ciencia es incuestionable. Con ella contaba, por supuesto, el doctor Marañón. Pero él mismo decía también, que la armadura de la ciencia puede tener debajo algún vacío o error. El jarabe y la inyección, la química, sirve, pero la fe y entusiasmo que pueda proyectarse sobre los motivos nerviosos, que envuelven la enfermedad, quizás sólo puedan vulnerarlos el entusiasmo, de todo lo cual estaba convencido el insigne médico y que yo, en mi modestia, ahora, aunque es fácil teorizar, deseo transmitirte, con todo cariño. Sigues siendo el mismo, pero todos sabemos que después de cualquier experiencia, y esta tuya ha sido muy dolorosa, la personalidad lo acusa, no digo que para bien o para mal, simplemente que se es algo distinto. A mí no me caben dudas de que tu lo has asumido con tus contrastados métodos de luchador, por eso debes recordar al insigne médico español, tantas cuantas veces puedan acudir a ti cualquier duda existencial, que debes descartar con huevos, que para eso los tienes, cuidándote, por supuesto, pero sin miedos. Después de la crujía, te he visto con el buen aspecto de siempre.

Los consejos de espectador son fáciles de ejecutar. Sin embargo, las decisiones deben corresponder al sustrato íntimo de cada persona. Me alegro mucho de que te hayas recuperado tan pronto. Ahora, poco a poco, sino para competir conmigo, sí para tu salud, que es lo que importa, debes atender también al cuerpo, con ejercicios progresivos, sin apurarte. Esta actividad física y leer y escribir, siempre me dieron resultado, todo lo cual deseo transmitirte, aunque yo se que tu estás convencido de ello.

Tengo 61 años. Me he jubilado en correos, también de la política, que entré con más de cincuenta años. Del 2 de enero al 30 de abril, he escrito un libro autobiográfico de mis avatares con el salto de altura. Tiene cuatro partes y 52 capítulos. Extremadura, por supuesto, está siempre presente en él. Hablo de mucha gente y por supuesto de ti, porque conmigo te portaste muy bien. No he podido esquivar el trasfondo literario pues, como digo en el libro, la lectura, la natura y la altura (ahora también la escritura), han sido y son, constantes básicas, que han conformado y conforman mi vida. Es lógico que el libro lo haya enriquecido con múltiples anécdotas. Y, en fin, mi prosa ha merecido la positiva bendición de Miguel Delibes, lo cual, me ha hecho mucha ilusión. Creo que el mensaje es positivo para la sociedad, saliendo bien parada la aparente dificultad de hacer deporte en la edad adulta. Es un privilegio poder seguir saltando altura con esta edad, pero también es verdad que influye mucho la actitud personal, circunstancia ampliable a casi todo. El título del libro es TERCER INTENTO y como soy un incipiente escritor y desconocido, es lógico que esté teniendo dificultades para publicarlo. Cuando lo consiga, me comprometo a enviarte un ejemplar dedicado.

Felices Navidades y próspero 2006, en compañía de tu mujer y de tu hija.

Un fuerte abrazo de tu buen amigo,



Juan Antonio Chacón Chacón
Quintana de la Serena. [Redacted]

Juan Antonio Chacón

TERCER INTENTO

A mis padres, abuelos y al pobre de mi tío Pepe, siempre en su silla, leyendo.
Viéndolos leer, me hice lector y de vernos a Meli y a mí, lo son nuestros hijos.
(El autor).

“ No exaltes la nadería
que entre verdad y falsía
apenas si hay una tilde
y el ufanarse de humilde
modo es también de ufanía.”

(José María Pemán)

“Es usted un atleta completo, en su actividad, y su pensamiento...su carta me sorprende por lo bien escrita que está...acerté cuando calificué su 1ª carta de buena pluma. Cita muy bien la historia de Don Marcelino y todo lo que narra...advierto que, además de la dedicación a la literatura, nos unen muchas aficiones, al campo, al deporte, a los animales e incluso unos hijos biólogos...”

(Miguel Delibes, al autor, en distintas comunicaciones desde octubre de 2005 a abril de 2006)

Conocí a Juan Antonio Chacón a través de una lista de nombres y direcciones, a las que habíamos ido a parar, los atletas, nadadores y gimnastas de la Residencia Joaquín Blume, entonces dirigida por Don José María Casero Picurio. Esa lista nos fue entregada a cada uno de los asistentes, en una cena que trató de reunir a los antiguos atletas, gimnastas y nadadores de la primera Residencia Joaquín Blume.

Yo ejercía como cirujano general en el Hospital Don Benito-Villanueva de la Serena, y mi residencia era la más próxima a la de Juan Antonio Chacón, en Granja de Torrehermosa. Después de un breve contacto epistolar, fui invitado a dar una conferencia en ese pueblo, sobre Salud y Deporte. A partir de aquel día, nuestras relaciones de amistad y deporte se incrementaron, participando en algunos campeonatos nacionales de atletismo para veteranos. Los dos, cada uno por nuestro lado, teníamos unas instalaciones de nuestras respectivas especialidades. Yo disponía de un pequeño gimnasio, Juan Antonio de una pista para saltos de altura. Pero, a diferencia de Juan Antonio, yo sólo participé en dos campeonatos de España de gimnasia para veteranos, no se organizaron más. Juan Antonio participaba dos veces al año, asistiendo a los europeos y mundiales, también de veteranos y a los absolutos de Extremadura, en los cuales llegó a triunfar en varios. En los nacionales siempre se clasificaba primero. Yo lo acompañaba y competía en 5000 metros, sólo por el hecho de participar y obligarme a entrenar.

En una tarde de domingo, del mes de mayo de 1985, llaman a la puerta de mi casa en Villanueva de la Serena, y me piden que salga, porque en su coche, traían lesionado a Juan Antonio después de una competición en Cáceres. Se había roto el tendón rotuliano, de su pierna de impulso, la izquierda. Quería que asistiese a su operación. Inmediatamente nos trasladamos al hospital y con la participación del servicio de traumatología, se le practicó una reconstrucción del tendón. Juan Antonio tenía entonces 41 años. El traumatólogo me dijo, mientras se le operaba, que se podía despedir de la competición, manifestación que le fue transmitida a Juan Antonio. Pero el traumatólogo desconocía la tenacidad, la voluntad del entonces paciente, para rehabilitarse, cosa que hizo él solo. Y cuando yo mismo pensé, que no volvería a competir, un buen día de octubre de 1967, recibo un telegrama desde Vic, Barcelona, anunciándome que había ganado nuevamente el campeonato de España de veteranos de salto de altura, con el mismo nivel anterior.

Y desde ese día, ha seguido y sigue compitiendo, los centímetros aumentaron casi en una década, porque su plusmarca de España con 40 años, la elevó tres centímetros con 44 y a siete más, pasados los 45.-Todavía con 50 fue capaz de saltar, casi igual que con 40. Es lógico que, ahora, los centímetros vayan disminuyendo, no obstante conseguir en el 2006 un título nacional en una especialidad que hacía 43 años que no practicaba, el triple salto, ya con 62 años. En fin, lo importante de este hombre es haber demostrado que se puede continuar haciendo deporte, atemperando su realidad biológica, que consiste en ver cada año el listón más bajo.

Creo que es un verdadero ejemplo que yo también sigo y que seguirán, sin duda, todos los que tengan la suerte de leer su libro, escrito además, con buena pluma, según Miguel Delibes.

Es bueno tener una mente sana gracias a que el cuerpo lo mantenemos también sano.

(Antonio Gómez García. Doctor en medicina, cirujano general y pintor artístico, actualmente jubilado. Deportista, siempre.- 4 de Julio de 2006)

En este preámbulo falta la colaboración del poeta, catedrático y premio Loewe de poesía, Jenaro Talens

1-2-3-4-5 -Distintos planos del doblado -Al lado de Charvia, dos fotografías de gallinas de cigueta negra, hechos por mi hijo Pasi y en serio Ashtari, una vez fotógrafa.

6-7-Rincón de La Uaja -Casa de mis abuelos, donde pasó buena parte de mi infancia.

8-9-10 -A finales de los años sesenta un momento más o menos que recuerdo. Fue el año

INTRODUCCIÓN

El libro que les presento es un relato en primera persona, cuyo contenido es autobiográfico. Creo haber tenido presente el no haberme excedido en la costumbre humana que se investigó en el Centro Médico de la Universidad de California, por los doctores Larry Schewitz y Lewis Graham, cuando observaron la frecuencia con que la gente utiliza autorreferencias, como el yo y el mi, llegando a la conclusión de que, cuanto menos se utilice la primera persona del singular, es decir cuanto menos implicado esté uno consigo mismo, menor es el riesgo de enfermedades coronarias, por tanto, este aval científico, por salud física y por estética, ha de estar presente, a pesar de la dificultad que conlleva, al hablar de mí mismo, en esta síntesis que incorporo, que es una crónica aproximada que va desde mil novecientos sesenta hasta finales de abril del dos mil cinco, extrapolando en alguna ocasión la memoria, a fechas distintas de las expresadas, pero sólo de manera excepcional. En estos cuarenta y cinco años trato de contar lo más significativo de las vivencias en mi propia parcela deportiva, en la que predomina el salto de altura, con múltiples participaciones en competiciones regionales, nacionales, europeas y mundiales. Se compone de cuatro partes y un total de cincuenta y dos capítulos y epílogo, iniciando su escritura en la fría mañana del dos de enero del dos mil cinco y finalizando en un atardecer templado del final de abril del mismo año. Fueron cuatro meses de dedicación diaria, durante los cuales no hice dejación de mis alternativas y compromisos con la naturaleza, atendiendo a diario el jardín, falto de humedad por la sequía, así como a mi inexcusable devoción de leer libros y periódicos, o atender los entrenamientos y competiciones deportivas. Por supuesto que tampoco pude obviar las obligaciones familiares y en cuanto a las sociales, como es mi costumbre, sólo pude ocuparme de las indispensables. Esta autobiografía, no puede ser mendaz, como las calificaba Freud a todas, haciéndolas inútiles, pues en ésta, el hábito o costumbre de mentir, no es posible ni encajaría, siquiera por el predominio de datos estadísticos reales, como lo son también las innumerables citas literarias, de fácil comprobación.

La primera fase-contada y edificada, como todas, desde la memoria descriptiva actual-, abarca el compendio de los años 60, 61, 62 y 63, con un primer capítulo evocando la memoria de mi querido abuelo Juan Antonio. La segunda desde el último trimestre del 63 hasta el 67. La tercera parte, que me desvincula de toda actividad con el atletismo, contiene desde el 1968 al 1984, período asociado a la caza y al fútbol y la cuarta desde el 1984 hasta ese día final de abril del dos mil cinco. El complemento del epílogo, fue posterior. Aunque la mayor inclusión de lo que reflejo aquí está dedicado a la argumentación deportiva propia, el texto he pretendido enriquecerlo con anécdotas de primera mano, que iran apareciendo en la mayoría de los capítulos, desconociendo si he acertado o no al contarlas y describirlas, duda que, en todo caso, será despejada cuando obtenga el inefable juicio crítico del lector.

En el arranque de cada una de las etapas (1960, 1963, 1968 y 1984), lo que he hecho ha sido poner en orden la memoria de los acontecimientos que resaltaron en las respectivas fechas, al menos los que mejor quedaron en mí, no estando seguro si, en efecto, estas misceláneas fueron las que primaron en las páginas de los periódicos de la época, que leí, pero sí son las que conservo en la memoria. Por otro lado hablo en mi libro al menos de doscientas personas que son de Quintana de la Serena, Granja de Torrehermosa y Aldea de Cuenca, de Extremadura, o de España y del Mundo (sin contar, claro, con los nombres de escritores que cito), de todas ellas con la inflexión positiva que se merecen. Sin embargo, han sido tres o cuatro de las que, por obligación, el exhorto no ha podido ser ventajoso, sin caer en la miseria de dar sus nombres que, en cualquier caso, no encajarían en este texto. Cuando el libro se publique y si alguien lo promoviera, no tendría inconveniente en abrir un debate aclaratorio de unas circunstancias personales que, en forma de torpedo, se proyectaron en mi contra pero que canalicé de manera estoica y que a lo mejor fortalecieron mi carácter.

Hay gentes que no han logrado entender determinados enjuiciamientos que se sustentan en la evolución de cada persona (Vos tenéis razón, Sancho, dijo la duquesa; que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos; que no las piedras) y, así, cuando alguien defiende por aquí cualquier hipótesis, apoyándose para ello en hombres preclaros que infundieron respeto y sabiduría a ese supuesto concreto- aparte de la fidelidad que conlleva de reconocerles el mérito a ellos como creadores de la idea o del concepto-, te puede salir el hipotético interlocutor y espetarte sin sonrojo, tu falta de personalidad, o especular con tu escasez de criterio, por atreverte a apoyar lo argumentado, en lo que dicen otros, como si la mayoría de las cosas que sabemos y que podemos decir, no fueran extraídas de lo aprendido, desconociéndose con este proceder, el planteamiento lógico de la directa intervención de la experiencia como vía para conformar nuestra mente en blanco al nacer. ¿Cómo va a ser igual un individuo, antes de iniciar el primero que después de leer más libros de los que le quemaron a Don Quijote, el cura y el barbero?, y éste es sólo un ejemplo, puesto con la misión de embocar y simbolizar lo que pretendo decir, identificándome con él, por ser lógico y de sentido común aunque, la simplicidad de este razonamiento, hay que reconocérselo al maestro Jaime Campmany y no a mí. Además de sus propias vivencias, el escritor estadounidense, de origen polaco, Jerzy Kosinski, en El ermitaño de la calle 69, libro conmovedor que he leído después de escribir todo esto, asimismo impresiona por la abundancia de alusiones literarias y referencias culturales. Leer a Petronio en El Satiricón, supuso para mí un estímulo literario de primer orden, pero, a más del texto y para enriquecerlo y complementarlo, el goce estético consistió en leer también, las quince mil palabras de las 246 antológicas notas que acompañan al libro, que conforman una maravilla cultural, no obstante lo cual, se aclara en ellas, que hay indicios, antes de lo dicho por Petronio, en Ovidio, o Catón, Sócrates, Cátulo o Virgilio, entre otros muchos, imitaciones que en algunos casos, las hace como homenaje a sus autores. Quiénes lean El Quijote, Hamlet y, sobre todo, El Satiricón, observarán que algunas aseveraciones cervantinas de nuestra obra universal, ya estaban recogidas en los libros citados, sin que por ello desmerezca el contenido y mensaje de cada uno de ellos. Y, en fin, en el Sentimiento trágico de la vida, Miguel de Unamuno, en un solo párrafo de cien palabras, comprime pequeñas síntesis de lo dicho por Lamennais, Lactancio, Heráclito, Aristóteles, Plinio y de Ciceron, no siendo sino éste el proceder habitual del autor, o sea, el de salir de sí mismo, tratando de consolidar mejor el profundo y quizás dubitativo pensamiento de su valioso ensayo, aunque para ello, en la conclusión del capítulo XII, reconozca que su pecado, si

alguno, lo hubiera tenido que aliviar en exceso con citas ajenas. Desde luego, mi peregrinar modesto en los vericuetos de la vida, ha tenido y tiene el influjo de la mucha gente que ya he iniciado nombrar, evocaciones que haré durante todo este libro. Sin ellos, no me hubiera sido posible escribir. Sin esa experiencia obtenida con la lectura y estudio de sus libros, o la percibida con periódicos y en viajes o el escuchar y a veces asumir, el discurrir de personas con enfoques y reflexiones distintas, no hubiera podido aliviarme de indecisiones o perplejidades de mi propio pensamiento, tal que he contraído el reconocimiento de estarles agradecidos a todos, pues a fin de cuentas, en mi disyuntiva casi individual y autodidacta, algunos de sus juicios se erigieron como mi mejor academia de aprendizaje. Coleccionar citas ajenas configura también el ingenio propio, como reconoce haber hecho Noel Clarasó, al principio de su primera novela, *La muerte tomaba el sol* y tal es el caso de Miguel Eyquem de Montaigne, en los tres tomos de sus *Ensayos completos*, en los que define y ejemplifica su modo literario de explicarse, aunque para ello, aparte de sus continuas alusiones de otros autores, sobre todo de la Antigüedad, emplee además mil trescientas ocho referencias en latín y algunas en griego. El mismo dice en el capítulo XXV del primer tomo, que el filósofo Crisipo no solo mezclaba en sus libros pasajes, sino obras enteras de otros autores, y entre ellas la *Medea* de Eurípides, diciéndole a Apolodoro que si de sus escritos le quitara lo ajeno, quedaría en blanco. En cambio Epicuro nos legó trescientos volúmenes sin hacer una sola cita. En fin, como dice el propio Montaigne, no hablo de los demás sino para explicarme mejor y sin meterme en otras valoraciones de él, sí deseo destacar su valía humana, creyéndole un buen hombre. A los escritores, intelectuales, sabios o artistas, se les menciona también por afianzar su nombre, sucediendo empero que, cuando no se hace, es cuando más contribuyen, esparcidos sus espíritus, en el pensamiento de los que los leyeron. Lo que nace o crea uno, puede tener relación con algún criterio esbozado ya por otro.

Mi Tercer Intento, comprende un cierto y humilde trasfondo literario, por supuesto que primando lo cervantino y quijotesco, sacando, por su vigencia, determinadas situaciones visualizadas de la *Divina Comedia*, de Dante Alighieri y, sobre todo, de *Ulises*, permitiéndome la osadía de transcribir un pequeño fragmento, antológico que, sobre el agua, hace James Joyce en su novela, considerada como una de las mejores de la literatura contemporánea, con la paradoja de que a pesar de ser, las tres, auténticos monumentos de la literatura universal, son poco leídas. Tantas cuantas veces subí la empinada cuesta para ver el Partenón, no pasó inadvertido en mí contemplar las vetustas piedras, conformadas en arte desde la época dorada ateniense, cuando el regidor político era Pericles, “el olímpico”, que encargó la majestuosa obra a Fidias, por tanto es lógico que en el texto desarrolle breves comentarios como el de Atenas, referidos a otras ciudades de España o del mundo, en parte vistas como consecuencia de mis avatares deportivos, excepción hecha con Baleares, en la que, sin haber participado en ningún evento deportivo, me ha confortado provocar su glosa aquí por estar encariñado con ellas, luego de mis dos visitas y porque varios fragmentos íntimos de mi querida familia, están viviendo en este bello archipiélago del mediterráneo, computando un episodio real que entroniza de manera curiosa con el procónsul romano Quinto Cecilio Metelo, fundador de Palma, con nuestro entrañable entorno de La Hoja.

Mientras escribía se produjeron algunas noticias que me impulsaron a hacer mención de ellas. Una, el fallecimiento del Papa Juan Pablo II y, antes, la del legendario boxeador alemán Max Smeling, personas con apariencias dispares pero coincidentes por su condición de deportistas y por la hondura de sus corazones. En honor de ellos, introduje sus nombres en sendos capítulos, cambiándoles el título que les tenía

asignado antes, para dedicárselos, al Papa con personal dedicatoria y a Max Smeling, con unas palabras de Victor Hugo que, hace tiempo leí, en uno de los primeros párrafos de Los Miserables.

Como fuere, debo decir con honestidad, que en este libro he querido reflejar también, algún signo con jurisdicción que pueda absorber la inquietud pedagógica de cualquier joven ya que, a través de él, pueden llegar a comprender que, en la vida, cuando se tienen convicciones, se esfuerza uno y se es constante para conseguir las cosas (Montaigne, al principio del capítulo primero del libro segundo de su Ensayo, se muestra convencido de que la constancia es el principal pilar de la sabiduría), el logro final puede estar en la mano aunque para mantener estos logros, la guardia no deba bajarse, equiparación homologable con la gente adulta, tratando de demostrar que el privilegio de hacer deporte a cualquier edad, es posible, contabilizándose así en tiempo de alegría, como mejor sustituto de una felicidad que quizás no exista. He querido hacer ver, al menos, que con mi lectura, altura y natura, hago acopio frecuente de ese tiempo como disyuntiva válida que puede estar al alcance de casi todos sin que, por supuesto, quiera testimoniar ni sentar cátedra, sancionándolas como las únicas ni las más acreditadas, ya que ninguna receta es tan cumplida como para comprenderlo todo, creyendo sólo que éstas pueden crear algún antídoto que combata el aislamiento íntimo, la soledad. Si parte de este mensaje cala y resulta útil en el lector, me doy por satisfecho.

J.A.Ch.Ch.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

“El abuelo era para mí la seguridad completa. Solo con él desaparecía la zozobra”

(Gabriel García Márquez).-

En 1901 tenía veinte años. Sus más de ciento noventa centímetros se avenían en una contextura recia que, si no llegaba a impactar, era porque blandía nobles caracteres en su expresión de hombre bueno. Manada a manada podía abarcar y sostener, en una sola mano, casi un haz de mieses, cuando segaba con la hoz. Se decía de él que, todavía en los años treinta, con las pesadas ropas de campo puestas y sus

botas del cuarenta y seis, impulsándose desde el suelo, saltaba muy bien sus dos mulas, situadas en paralelo. Si esta breve descripción contiene algún signo exagerado, entonces ha sido porque mi pluma no ha sido capaz de sustraerse al halago, ya que estoy escribiendo de mi querido abuelo Juan Antonio al que, subido en su burra cana, tantas veces acompañé de niño, en el recorrido de una hora, que era el tiempo que tardábamos desde el pueblo a su tierra del rincón de la hoja, envueltos en un paisaje de encinas, canchales, viñas y almendros, con nuestra parada obligada en la fuente de los picapedreros, rebosante de agua cárdena, como él me decía o en cancho alto, fuera de cuyas enormes grietas, en aquella quietud, tomaban el sol los lagartos desde los primeros días de marzo. Aún antes de llegar había que probar algo del condumio que llevaba en la repostería de sus alforjas y para acompañar la comida, el trago, sino del caro, sí del bueno de su pitarra, contenido en la calabaza de cuello aunque, con sentido del humor, siempre se excusaba queriendo hacerme comprender que si se escanciaba el vino de un recipiente, entonces había que apurar hasta la última escurraja, porque sino, corría el riesgo de estropearse. El contenido de la calabaza pues, tenía los minutos contados. El tiempo del recorrido era de consejos casi ininterrumpidos, a veces sin entenderlos, pero él seguía con su interminable monólogo.

En otra coyuntura me adelanté a su plática, haciéndole mención a lo del salto de las mulas, que yo había escuchado en el pueblo, siendo un niño, teniéndolas actualizadas y verificadas por las reiteradas veces que me las ha contado mi amigo Luis, de fácil y culta conversación, hijo de Narciso Cáceres, al que recuerdo vestido con traje negro y cubierto con sombrero del mismo color, de ala ancha, cariñoso y dándome siempre buenos consejos en el rodeo, que era la calle donde vivíamos ambas familias. Como estoy diciendo, Luis las atestigua y corrobora, incluso no solo diciéndome cómo ejecutaba el gesto, sino hablándome de las distintas alzadas que tenían las mulas y que las de mi abuelo, solían ser de las más elevadas. Mi abuelo me decía que él había sido siempre una persona normal, extrañándose que hablaran de sus habilidades, las que, en todo caso, solían tener resonancia cuando los ejecutores eran gente importante y que, como decía un viejo libro que él repasaba siempre por las noches, amparado bajo la tenue luz del candil, a fin de cuentas, las suyas eran poco vendibles, que podían darte alguna fama pero en modo alguno riquezas. En otros puntos de sus largos monólogos me contaba la historia del olivo y eso que la mañana en la que me lo argumentaba, el bonito paisaje de nuestro discurrir hacia el rincón de la hoja, se difuminaba con nubarrones oscuros que presagiaban agua, así y todo y sin preocuparse de avivar el paso de la burra, me decía que el olivo, la higuera, la parra, el almendro... formaban parte de la propia subsistencia y, sin asegurármelo del todo, hacía hincapié en la probabilidad de haberlo traído a la península ibérica, los griegos, siglos antes de Jesucristo y que, el olivo, tuvo un papel preponderante en los orígenes de Atenas, no permitiéndose allí su utilización pagana, poniéndome loco cuando comenzaba con las retahíla de las muchas especies que había, como el tachuno, el picholín, morcal, el negro de Andújar, el gordal (las más gordas), verdial, bellotado, carrasqueño, manzanil, verdejo o cornicabra, quizás éste de los de mayor porte y muy productivo, a cuya especie pertenecía uno que, en aquellos años cincuenta, le calculaba sobre trescientos cincuenta años, en feliz coincidencia original con la aparición de la primera parte de su viejo libro de cabecera y que habían plantado los suyos, a lo mejor trece generaciones atrás. Coincidió el arranque de esas dos historias con el término del reinado de Felipe II, bajo cuyos dominios no se ponía el sol, me decía, atreviéndose con la cantinela de enumerarlos a todos, desde Felipe III, con el